

## PRÓLOGO

Por años se ha visto en el cine y en la literatura, incluso en la vida real, historias sobre edificios malditos; donde ocurren desgracias que con el tiempo se pretenden olvidar. Aquí, en este rejunte de historias, se pretende dar vida, una eterna, a un instituto psiquiátrico, que a pesar de los años transcurridos, de ser conocido como el palacio maldito o el corredor sangriento, sigue persistiendo a todo y todos. Se ha instaurado en la sociedad a tal punto de convertirse en parte de la historia de su pueblo. Queriendo o no, el Instituto Psiquiátrico Austin Andrés Front ha abierto sus puertas una y otra vez, nadie se ha atrevido a derrumbarlo, ya que es como reducir un diamante a cenizas. ¿Quién puede desperdiciar tan preciada joya?

Esta escritura ficcional nació como un intento de novela negra, una breve, que busca ocasionar entretenimiento hacia los lectores que ven, en lo sórdido y oscuro, el placer literario. Solo ellos serán capaces de juzgar estas líneas.



# **INSTITUTO PSIQUIÁTRICO AUSTIN ANDRÉS FRONT**

## LOS INICIOS DE AUSTIN

El matrimonio Front era una pareja mutuamente dependiente y destinada a estar en boca de todos. Habían pasado por una relación muy conflictiva, no por problemas entre ellos, sino por dificultades externas que buscaban esfumar el afecto que yacía entre la joven pareja.

Por aquel entonces, Edgar era un joven doctor en el que los veteranos de la medicina depositaban sus esperanzas para el futuro. Muchos no podían creer que, egresado de una carrera que empezaba a dar sus primeros frutos, quisiera dar terapia y cuidados a una mujer que parecía ya haber terminado de ofrecer, en solo dos años de oficio, lo que podría ser beneficioso para la comunidad médica y para el resto de la sociedad. Esta mujer era Emilia Frico, una joven doctora de brillante promedio universitario y de buen renombre debido al éxito en dos casos que se creían perdidos. En horas de trabajo, había sido encontrada consumiendo alcohol desde una pequeña petaca. El Consejo Directivo había resuelto suspenderla por un año, como método disciplinario. Sin embargo, por irónico que suene, aquella doctora, graduada de la Universidad de Psiquiatría más famosa del país, terminó por ser un paciente más del Hospital Psiquiátrico Thomas Istvan Szasz; uno de los principales centros de diagnóstico y tratamiento de la mente humana que se encuentra dentro del continente.

¿Por qué razón Emilia acabó en ese centro? La bebida fue una sorpresa para todos, en la Universidad jamás se la pudo ver tomar con alevosía. Por otro lado, no se le conocía ningún problema familiar o amoroso. En el trabajo le iba bastante bien hasta el incidente. Entonces, ¿qué la acercó al vicio? El director del hospital donde trabajaba pidió ayuda a uno de sus colegas, este le mandó a un brillante doctor para resolver el enigma: Edgar Front, quien tardó solo dos días en diagnosticar a Emilia. Al parecer la Dra. empezó con la bebida a causa de sus alucinaciones. El orgullo y la terquedad fue lo que le motivo a no denunciar su esquizofrenia.

Se había decidido dar el caso de Emilia a otro doctor, y que su tratamiento sea seguido muy de cerca. Al mostrar mejoría se podría pensar en su reincorporación al cuerpo médico, pero pasó una semana para que el mismo Consejo decidiera no volver a permitir que Emilia ejerza en ningún hospital del país.

Pasaron dos años, Edgar seguía frecuentando a Emilia a pesar de los muchos colegas que pedían su atención hacia pacientes que consideraban más importantes. Ella iba avanzando poco a poco, tomaba su medicación regularmente. El Dr. Front terminó por pedir a la junta el alta de la Dra. El encuentro estuvo peleado, sin embargo, se decidió firmar su salida; pero Emilia no volvería a su empleo de supervisora en el Hospital Erik Erikson ni podía ejercer en ninguno de los otros hospitales pertenecientes al Consejo.

Edgar no tardó en llevarse a Emilia a un lugar alejado de las malas miradas, las cuales empezaban a deprimir a la joven. Ahora, en el campo, ambos empezaron a proyectar sobre lo que sería su propia institución psiquiátrica. Edgar era un hombre criado por ricos, este proyecto era posible. El señor Front había dejado a su disposición una suma considerable para que Edgar, su único hijo, la invirtiera en lo que deseará.

Pasó poco tiempo para que Emilia y Edgar formalizaran su relación y decidieran casarse. Luego su vida pasó a ser para Austin, el pequeño Front.

Mientras se construía el Instituto, compraban la ropa, los juguetes, la cuna y todo lo que necesitaría el pequeño. Pero, en un día de lluvia, el bebé nació muerto. Luego no hubo más niños y tanto Edgar como Emilia solo se enfocaron en el Hospital, al que bautizaron con el nombre del hijo perdido.

Edgar controlaba la arquitectura del lugar, mientras Emilia iba mostrando a los especialistas de diseño como quería que lucieran las habitaciones ya terminadas. La Sra. Front, como todo paciente que convive en una habitación blanca y vacía, sabe lo deprimente que es estar encerrada en un lugar sin poder hacer nada más que pensar y darse cuenta de que todo es distante. Por ello, se mentalizó lo que quería para su institución y Edgar la apoyaba. Veía en su mujer cualidades que no solía ver a menudo. Ella superó su estadía en el Hospital Psiquiátrico y además el abandono de

sus colegas y familia. Pues durante su internación, nadie fue de visita. No es exagerado decir que, si Edgar no hubiese intervenido en el tratamiento de Emilia, ella hubiese quedado toda su vida encerrada; sola, escuchando gritos enloquecedores y siendo atendida por enfermeros que odiaban el oficio.

Emilia se agarró y con firmeza, de la única mano amiga que parecía estar dispuesta hacer todo por ella; y no es habladoría. Edgar se había enamorado con solo verla. La Dra. Front tenía una belleza singular: ojos verdes, de sonrisa cálida y cabello tan delicado como sus manos; y lo que más le atraía a Edgar: su mirada, siempre erguida y desafiante. Aun estando en aquel lugar, observaba de la misma forma creyéndose indeleble. Sin embargo, esa mirada parecía volverse más tierna y suave con el paso del tiempo. Mientras más permanecía al lado de Edgar, Emilia se volvía una mujer tierna, amable; pero solo con él. Sea cual fuere la razón, la doctora no tenía el mismo afecto con nadie más, todos los demás le eran indiferentes.

Después de la muerte del bebé, los Front decidieron no volver a tener hijos por miedo a engendrar otro Austin, sólo se tenían el uno al otro y es algo que Emilia entendió muy profundamente. Hasta podría decirse que en ella empezaron a crecer sus primeros celos. Cuando fue la apertura del instituto muchos viejos colegas asistieron. Las mujeres siempre hacían una ronda alrededor de Edgar, pero ella no se enojaba. Se acercaba más a él, lo abrazaba y le susurraba palabras tiernas al oído, palabras que eran escuchadas por la más cercana mujer que pretendía a Edgar.

Los ojos rabiosos se intensificaban y terminaban por dispersarse, mientras ellos se quedaban juntos y alejados de toda otra persona presente.

Decidieron alejarse más, se dirigieron a un cuarto y empezaron a compartir una de las últimas botellas de vino. Esos pequeños placeres siempre los compartían juntos y en soledad. Llegaron a lamentar la fiesta y no haber celebrado solamente en pareja ese nuevo comienzo.

Los días pasaron y se volvieron más mezquinos uno del otro, hasta que no volvieron a relacionarse con ningún otro colega o familiar. Solo eran ellos y Austin. Nada ni nadie más necesitaban ni deseaban. Edgar y Emilia desaparecieron para el mundo; como todo paciente que ingresaba en Austin, ya que es muy común que cuando un paciente atraviese la puerta de ingreso, sea rara vez visitado por los familiares, quienes lo dejaron allí, solo y abandonado; esperando un alta médica poco probable o el día de su muerte, lo más esperable.





## TRAS EL CORREDOR

Quieren imaginar y no pueden, se atreven a deducir que pasa aquí y no son más que palabras mal empleadas por personas que deberían quedarse mudas. Es fácil hablar de lo desconocido, asumo que la gente lo hace por no querer hablar de sí mismos. Descargarse contra los médicos asesinos para aliviar sus culpas por las barbaridades que de seguro cometieron. Sea dichoso el ser humano que es capaz de juzgarse a sí mismo. Todos piden condena social y la verdad es que a lo largo del tiempo, todos, sin la menor duda, estaríamos dentro de esa misma condena. La cual no es más que una farsa, una mediocridad de la humanidad que excusa sus males con los ajenos.

Todos quieren hablar y escribir sobre la noticia del momento. Han pasado varios años, todavía utilizan la historia del llamado palacio maldito para atraer turistas. Me da vergüenza que mi pueblo sea reconocido por esto. Por ser el corredor sangriento, el mal de la medicina o el gran grito de auxilio. Nadie ha podido ser imparcial a la hora de contar la historia sobre el Instituto Austin Andrés Front, siempre le agregan o quitan sucesos según sea su conveniencia.

Nadie te menciona que somos grandes productores de Moringa. Atrae más hablar de la muerte que del famoso árbol de la vida.

Intentaron reabrir ese hospital psiquiátrico, una y otra vez. Jamás pensaron en las consecuencias de esos intentos. A la población le das una mecha y hace un incendio masivo en cuestión de segundos. Nunca pretendieron relacionar al instituto con la comunidad, no conocías a los doctores de modo que seas paciente; ni siquiera los familiares de estos podían hacerlo, eran atendidos por enfermeros o administrativos. Realmente ese edificio estaba ahí y a la vez no.

¿Cómo aguantar el dolor? ¿Cómo se obvia tanta sangre y tantos cuerpos?

Ya se lo ha dicho antes: cada cosa, estructura, adorno y detalle vale más que todas las edificaciones juntas del pueblo; más de lo que un periodista como yo pudiera cobrar en diez años. Ningún gobierno tuvo la osadía de destruirlo, luego dejaron que un millonario se haga cargo, solo para dirigirse de vuelta a la nada. Tres meses y el edificio volvió a cerrar sus puertas. Pasaron años, como de costumbre, para que se volviera a reabrir. Este es el caso típico de que de las caídas no se aprende.

El 17 de abril (2004) se abrirían las puertas del dichoso museo. Entraban y salían personas y cosas. ¿Qué serían aquellas muestras? ¿Qué tratarían de vislumbrar en las vitrinas de ese edificio sórdido y apagado? ¿Cuánto pasaría para ver la historia o la profanación de la misma? Tengo planeado asistir a la inauguración, para ver la función, confirmar o no mis sospechas de que todo será un fraude.

Espero estar equivocado, deseo que ese lugar tenga por fin un buen uso y destino.

Ahora me preparó para una publicación masiva de recolección de datos, entrevistas y documentos pertenecientes a la historia del Instituto Austin, Hospital Austin, como quieran llamarle. Por desgracia mía, debo hacerlo, prefería enterrar todos estos papeles; sin embargo, la agencia para la cual trabajo es como todas, quieren redactar para llamar la atención de la gente, y el tema Austin lo hace en este momento. Ya acabará, llegará otra noticia de difusión masiva. Mientras hago este rejunte para formar lo que sería el segundo libro sobre Austin. Esta actividad confirma lo que toda lógica supone, hay más dudas que certezas, ya que hay espacios que aún no se han podido cubrir con la verdad. Suponer es una cosa, qué y cómo pasó, pero decir que es verdad es una bajeza que muchos medios cometieron porque no había ni hay suficientes evidencias; la misma policía lo decía. Para garantizar que los hechos sucedieron de tal forma y no de otra era mejor callar ciertas cuestiones donde había más neblina que claridad.

Primeramente, para comenzar este libro decidí recolectar las historias que se han escrito sobre el mismo, ya sea de personas externas o de los mismos pacientes y personal médico que se han desplazado por esos corredores. Para esto, fue propicio hacer un orden que nunca nadie había realizado. Solamente se han publicado, en algunos de los diarios de las zonas aledañas, historias sueltas o fragmentos del diario de Edgar que se filtraron cuando la

comisaría central tenía posesión del mismo. Luego, este famoso librito, pasó al cuidado de la nueva directiva del hospital, para finalmente permanecer en dicho lugar, retornar a su lugar de origen, pero ya no siendo un psiquiátrico sino un museo. Posteriormente se inició la publicación del primer libro, el cual fue escrito por Elena Steven; consistió en un rejunte de informes policiales y habladurías de uno que otro ciudadano. Este libro, en cambio, reúne otros increíbles aportes a la historia del corredor de la muerte. Por extraño que parezca (aunque de este lugar y sobre el mismo se puede esperar cualquier cosa), existen escrituras realizadas por pacientes con diferentes trastornos mentales. A estas las considero las piedras preciosas del libro, supongo que los lectores serán envueltos más por estas líneas que por cualquier otra; sin embargo, sabrán ver que hay ciertos datos que un loco no puede dar y/o contar.

Era necesario que antes de la publicación se eliminaran las dudas que fueron escritas y presentadas como verdades. No pretendo recurrir al periodismo barato, no hablaré de lo que no se ha podido confirmar. He tratado de anular algunas dudas, sin embargo, la información es escasa, como de costumbre; por ejemplo, las suposiciones de dónde fueron a parar los Dres. Front no tenían pies ni cabeza. No había rompecabezas que armar o enigma que resolver, simplemente eran datos sueltos, arrancados de la desesperación por decir algo nuevo. Les repito, esto es todo lo que se puede decir actualmente sobre el Instituto Austin Andrés Front, solo el tiempo dirá lo contrario.

*Enrique Abel Closs*

Columnista del diario El grito.